

# *Por el color del trigo*

*Toño Malpica*

*Ilustrado por Iban Barrenetxea*



*Toño Malpica*

*Por el color  
del trigo*

*Ilustrado por  
Iban Barrenetxea*

 FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA



Primera edición, 2012

Primera edición electrónica, 2013

© 2012, Antonio Malpica, texto

© 2012, Iban Barrenetxea, ilustraciones

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios:

[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

**ISBN 978-607-16-1461-2**

Hecho en México - *Made in Mexico*



*Para el señor Werth y para  
el señor Saint-Exupéry*

Pido perdón a los niños por dedicar este libro a dos personas mayores. Tengo una disculpa: ninguna de ellas está ya con nosotros y supongo que eso hace que se lo merezcan un poco. Tengo otra disculpa: eran muy especiales; tanto, que no parecían personas mayores. Tengo una tercera disculpa: creo que, allá donde estén compartiendo un buen sándwich de jamón con queso, les agrada ver sus nombres juntos en una misma línea. Y si todas estas disculpas no fueran suficientes, creo que un autor puede dedicarle los libros a quien quiera sin dar mayores explicaciones y que, si al final decide darlas, es nada más por mera cortesía. Dicho esto, pasemos a la historia, que comienza justo cuando Tonio, impulsado por el miedo a ser descubierto por su jefe, escribe intempestivamente:

*Esta historia está basada en hechos reales.*

Es completamente cierto. Al menos lo son las mejores partes. Las partes más aburridas son enteramente mías, es decir, del autor; o sea, yo.

Y no, no es eso lo que escribió Tonio intempestivamente en su cuaderno. Deberán perdonarme de nuevo, pero creí necesario volver a meter la nariz antes de iniciar la historia. Supuse que sería

importante darles a conocer que mucho de lo que aquí se relata realmente ocurrió. Al menos las mejores partes, como ya dije.

Pues bien. Ahora sí. Dicho esto, inicia nuestra historia, y esto ocurre justo cuando Tonio escribe en una hoja de papel:

*Si creen en las hadas, aplaudan.  
No dejen que Campanita se muera.*

Está bien, está bien. Eso no lo escribió Tonio. Lo escribió J. M. Barrie en el momento en que Campanita fue envenenada por Garfio. Pero es una gran frase, ¿no lo creen?

Y si éste fuera uno de esos libros en los que se puede meter un epígrafe (o sea, unas palabritas por parte de algún gran autor o algún gran personaje antes de comenzar a relatar, con el único fin de hacer ver a los lectores que uno puede ser apoyado por gente famosa), yo habría puesto esa frase de Peter Pan, ni más ni menos. Aunque, para que no se molesten, esta vez no pienso pedir disculpas.

Así que, una vez puestas todas las cosas en claro, pasemos al momento en que Tonio escribió intempestivamente en una hoja:

*La zorra entonces aprendió a tocar el acordeón.  
Y todos fueron felices para siempre.  
Incluso el Bribonzuelo.*

Hubiera puesto también “colorín colorado” o algo similar para rematar el final de su cuento, pero temía que su jefe lo atrapa escribiendo en vez de estar trabajando.

Esto ocurrió en 1923 en un país llamado Francia, en el interior de un alto y frío edificio lleno de oficinas.

Una oficina es un sitio en el que la gente únicamente trabaja. No está permitido leer o ver la tele. Tampoco está permitido reír o conversar. Mucho menos jugar. Y aunque sé de algunas personas que ríen o juegan durante el trabajo, son mal vistas en tales ambientes. Basta que uno saque un balón o un coche de fricción en una oficina para que alguien, en un escritorio cercano, lo mire como si estuviera loco y le pida guardar la compostura.

Es muy importante guardar la compostura en una oficina. Vestirse bien también. Pero, sobre todo, guardar la compostura.

Por eso, esa tarde de verano de 1923 en que Tonio se puso a escribir en lugar de trabajar, tuvo que terminar su cuento de improviso y, después de romperlo en pedacitos, lo arrojó al cesto de basura.

Por fortuna, los pasos que escuchó en el pasillo no eran de su jefe, sino de un mensajero del edificio. Hubiera podido saberlo fácilmente porque el mensajero venía silbando y todo el mundo sabe que la mayoría de los mensajeros silban; en cambio, la mayoría de los jefes no.

Los mensajeros silban porque reciben un buen baño de sol todos los días. Esto ocurre cuando hacen entregas entre los diversos edificios llenos de oficinas de la ciudad. El caso es que Tonio arrojó su cuento, roto en mil pedazos, al cesto de la basura e intentó volver al trabajo.

Era 1923. Tonio tenía 23 años.

Como se habrán dado cuenta, Tonio había nacido con el siglo. En 1900. Y aunque esto no tiene nada que ver con esta historia, es un detalle lindo. Y creo que merece ser mencionado. Hay tan pocos detalles lindos en las historias de hoy que los autores tenemos que echar mano de todos los que podamos.

Tonio llevaba en realidad poco tiempo trabajando en esa fría oficina. Y esto ocurrió porque, días antes, se había roto la cabezota.

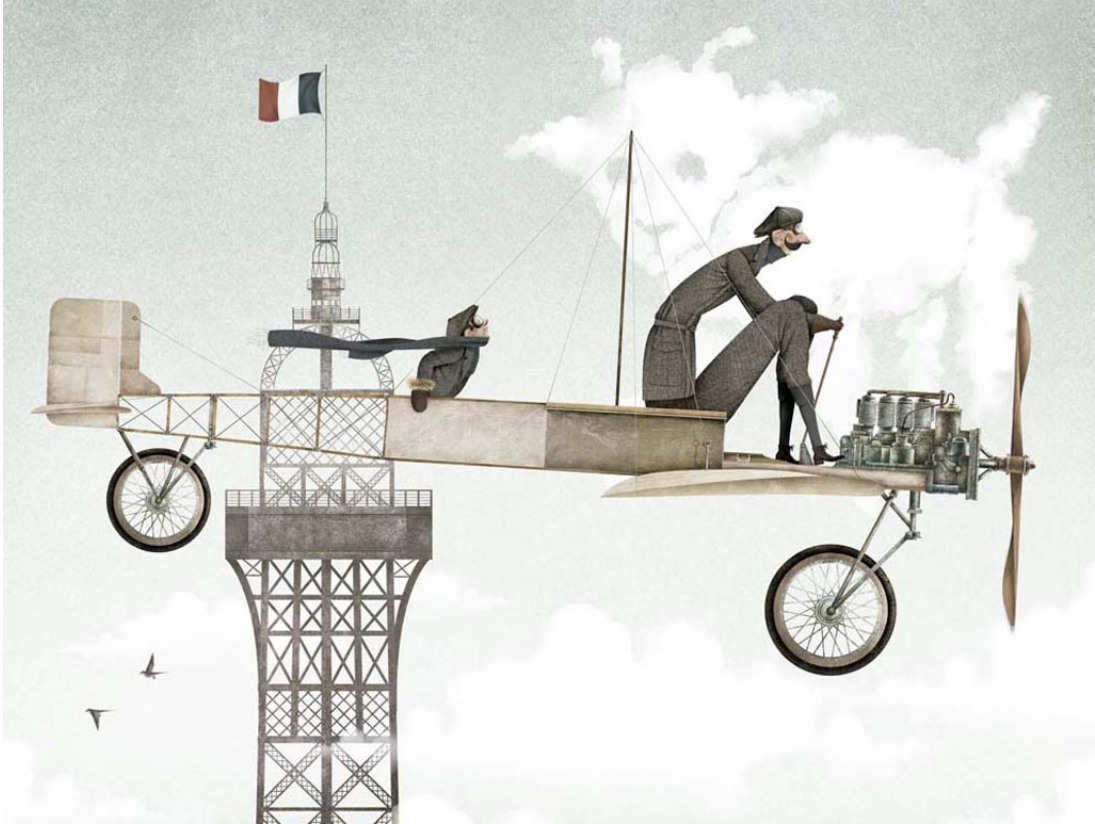
Es completamente cierto.

Tonio había aprendido a pilotar aviones un par de años antes. Y esto se debió a que, cuando tenía 12 años, vivía cerca de un hangar; es decir, el sitio en el que se guardan los aviones cuando no están surcando el cielo. Les hacía tantas preguntas a los mecánicos y a los pilotos que, un día, un piloto tuvo la pésima ocurrencia de subirlo a su avión y darle un paseo por las nubes.

Deberán perdonarme por decir “pésima ocurrencia”, pero lo hago por si hay una persona mayor leyendo esto. Las personas mayores suelen pensar que es una pérdida de tiempo subirse a un avión. Muchos de ellos ni siquiera miran por la ventanilla cuando viajan en uno y se la pasan mirando sus relojes.

Estoy seguro de que muchas personas mayores estarán de acuerdo conmigo cuando digo que pasear a un muchacho de 12 años en un avión de dos plazas puede ser una pésima, terrible ocurrencia. Porque algo así podría poner al muchacho a soñar y los sueños en los muchachos pueden ser peligrosos. Los sueños hacen que los muchachos deseen, súbitamente, dedicarse a algo tan mal visto como volar aviones. O escribir historias en vez de preferir alguna otra actividad en donde se guarde mejor la compostura y se use una corbata todos los días.





Pues esto fue justamente lo que ocurrió con Tonio.

En 1912 los aviones eran todavía una novedad en este planeta. Recordarán que el primer vuelo en avión se realizó en 1903. El avión en el que Tonio hizo su primer vuelo era para sólo dos pasajeros y no tenía ventanillas, por eso había que llevar guantes, lentes y bufanda. Y podías sacar la mano para tocar las nubes.

Cuando se bajó del avión fue como si despertara de un hermoso sueño. Y lo primero que hizo fue escribir un poema. Para la hora de la merienda ya había decidido que, cuando fuera grande, se dedicaría a volar aviones.

Así que, cuando tenía 21 años (claro, en 1921), por fin aprendió a volar y lo hizo muy bien.

Pero los accidentes ocurren. Si cualquiera puede ir caminando por la calle y tropezarse con sus propias piernas, no debería sorprendernos que un avión, a veces, también se caiga al suelo. Pues esto fue justamente lo que le ocurrió a Tonio la primavera de 1923. Tuvo un accidente y se rompió la cabezota.

Por fortuna no fue nada grave; pero quedó tan asustado que dejó la aviación y se metió a trabajar en una oficina. Todos los días repetía: “soy un hombre serio, soy un hombre serio, soy un hombre serio”, para apartar de su mente la pésima idea de volver a subirse a un avión o ponerse a escribir cuentos o poemas.

Por eso, esa tarde de verano de 1923, cuando Tonio descubrió que el que venía por el pasillo no era su jefe sino un mensajero, suspiró aliviado. Volvió a las cuentas que le demandaba su trabajo y se dijo a sí mismo que había sido una pésima, pésima idea ponerse a escribir un cuento en horas de oficina. Y que no lo haría nunca más.

Pero al día siguiente, al presentarse a trabajar, Tonio descubrió al Bribonzuelo sentado sobre su escritorio, columpiando los pies. Se trataba de un muchacho de ropas remendadas, zapatos rotos, rostro sucio y una gorra tejida que le cubría casi toda la cabeza.

—Tienes que hacer que la zorra se calle —fue lo que dijo el Bribonzuelo.

Llevaba una hoja de papel entre las manos.

—¿De qué demonios hablas? —respondió Tonio mientras colgaba en un perchero el saco de su traje y se componía la corbata. Miraba en torno suyo a todos los demás hombres serios que trabajaban en esa misma oficina. Le preocupaba ser mal visto por ellos.

—Toca horriblemente mal el acordeón. No quiero que lo haga.

—¿Quién eres? —cuestionó Tonio al Bribonzuelo.



Pero éste sólo miraba la hoja que llevaba entre las manos y, desde luego, no respondió.

—No quiero que toque el acordeón. La historia no debe terminar así.

Tonio tomó la hoja de las manos del Bribonzuelo. Era la misma que él había roto en pedazos el día anterior, sólo que nuevamente de una pieza. Ni siquiera parecía pegada con cinta adhesiva. Era como si nunca hubiera roto su cuento.

El Bribonzuelo volvió a tomar la hoja.

—Creo que la zorra debería estar llorando.

Tonio se sentó en su silla giratoria con rueditas.

En casi todas las oficinas del mundo hay sillas giratorias con rueditas. También en las oficinas del siglo veintiuno hay sillas giratorias con rueditas. Y esto es, probablemente, lo más divertido que pueda encontrarse en una oficina. Pero está prohibido girar a toda velocidad en ellas. O echar carreras. Así que cuando uno llega a una oficina, es preferible hacer como si en el mundo no existieran las sillas giratorias con rueditas.

Las piernas del Bribonzuelo, muy próximas a Tonio, le rozaban el brazo. Era un poco incómodo ponerse a trabajar con el muchacho ahí.

—Si en verdad eran buenos amigos la zorra y el Bribonzuelo, ella debería estar llorando, no tocando el acordeón. Es un final horrible —opinó el Bribonzuelo.

En ese momento Tonio se dio cuenta de dos cosas: una, que el muchacho era el Bribonzuelo; y dos: que el muchacho no lo sabía. O tal vez sólo estuviera fingiendo no saberlo. Siempre es mejor que sea otro el que abogue por uno cuando se trata de defender los propios intereses. De cualquier modo, Tonio no tenía tiempo para investigarlo.

—El final está bien así —dijo Tonio sacando de un cajón las cuentas sobre las que debía trabajar ese día y empujó con el codo las piernas bamboleantes del Bribonzuelo. Tenía que hacer tantas sumas que no podía darse el lujo de ponerse a discutir con un personaje engreído.

—Además no tiene título. Es un horrible cuento sin título.

Tonio lo miró con desdén. Luego tomó la hoja, sacó su pluma y escribió hasta arriba un título inventado “al vuelo”. Para alguien que amaba tanto volar, tendría que haberle salido mejor. Le puso: “El Bribonzuelo”.

—Es un buen título, pero el final sigue siendo malo —opinó el Bribonzuelo.

—El final está bien así —gruñó Tonio, y se puso a hacer sumas mientras murmuraba por lo bajito—: Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio...

—¿Qué tanto dices? —rio el Bribonzuelo, bajándose del escritorio.

—Que no me quites el tiempo. Tengo muchas cosas qué hacer.

—¿Qué cosas?

—Tengo que sumar esta columna con esta otra y luego el total lo paso a esta hoja que tiene el mismo número de columnas para después llevar el total de totales a esta tercera hoja donde... en fin, estás muy chico para entenderlo.

—¿Es divertido?

—No se supone que tenga que ser divertido.

—Si no es divertido, ¿por qué lo haces?

—Alguien tiene que hacerlo.

El Bribonzuelo miró a Tonio del mismo modo que Tonio se miraba a sí mismo en ocasiones frente al espejo: tratando de entender por qué hacía cosas que no deseaba hacer.

—Tú necesitas un mejor amigo en el mundo —sentenció el Bribonzuelo.

Y miró con orgullo la hoja en la que estaba plasmado su cuento. Era un cuento de apenas una cuartilla donde él y la zorra habían cultivado una bella amistad. Y aunque al final se hubieran separado y la zorra terminara por aprender a tocar el acordeón, era un buen cuento.

—Sí, cómo no —gruñó Tonio.

—Aunque... no existen comerciantes que vendan amigos.

—No me digas.

Se hizo un silencio más o menos prolongado; es decir, mayor a diez segundos pero menor de treinta.

—Te diré qué haremos —resolvió el Bribonzuelo—. Te dejaré pensar el final. Sugiero que la zorra llore mucho, mucho, mucho y el Bribonzuelo regrese y vuelvan a ser amigos. Ése sería un buen final.

Cuando el Bribonzuelo se había marchado, Tonio se tomó tanto tiempo para volver a romper la hoja y arrojarla al cesto de la basura que empezó a ser mal visto por algunos de sus compañeros. Se decidió a hacerlo justo en el momento en el que una comitiva de seis jefes pasó frente a su escritorio y un aire glacial inundó todo el pasillo.

Fue un año después cuando el Bribonzuelo volvió a aparecer en la vida de Tonio. Éste se encontraba en una oficina muy grande al lado de una carretera francesa. Esperaba ser atendido por un hombre muy importante.

En ese entonces Tonio vendía camiones y el hombre al que esperaba ver podía comprarle algunos. Por eso Tonio estaba un

poco nervioso del otro lado de la puerta de la oficina del hombre muy importante. Y tenía un montón de papeles sobre las rodillas. Cuando una persona mayor desea convencer a otra persona mayor de algo, suele llevar muchos papeles consigo; entre más papeles, mejor.

—¿Ya pensaste el final?

Tonio estudiaba algunos de sus papeles cuando escuchó la voz del Bribonzuelo. Apenas levantó la vista, se sintió un poco incómodo. Aunque se encontraba solo, esperando ser llamado por el hombre muy importante, temía que alguien entrara por otra puerta a esa misma oficina y lo descubriera charlando con un niño. Los niños también suelen ser mal vistos en la mayoría de las oficinas.

—¿Qué haces aquí?

El Bribonzuelo llevaba la misma hoja de su cuento nuevamente de una pieza. Fue en ese momento en el que Tonio se convenció de que no le serviría de nada volver a romper el cuento.

—Estaba pensando que si la zorra llora al final —apuntó el Bribonzuelo—, puede causar tristeza a muchos niños que lean el cuento. Así que te doy la razón.

—¿Podríamos hablar de eso en otro momento? —respondió Tonio, un poco más nervioso.

—El Bribonzuelo tiene que volver con la zorra, eso seguro —afirmó el muchacho—. Es el mejor final de todos.

Tonio se puso a revolver los papeles y tiró algunos al suelo. El Bribonzuelo lo miró como si estuviera loco, como si nadie en el mundo pudiera estar en una oficina, al lado de una carretera francesa, recogiendo del suelo papeles llenos de números. Al menos nadie en su sano juicio.

Y se dio cuenta al instante.

—Te dije que necesitabas un mejor amigo en el mundo.



—Estoy a punto de vender muchos camiones, ¿podríamos hablar de esto luego?

—La zorra tenía al Bribonzuelo y el Bribonzuelo a la zorra.

—Sí, lo sé. Yo lo escribí, ¿recuerdas?

Tonio apenas había levantado los papeles que se le habían caído al suelo. Y ya volvía a sentarse, con las hojas hechas un lío. El Bribonzuelo rio.

—Eres divertido.

—Eso no es de mucha ayuda. Hay que estar serio para vender camiones.

Tonio trató de componerse la corbata y ordenar los papeles al mismo tiempo.

—Me gustas más cuando estás allá arriba, ¿sabes? —dijo el Bribonzuelo.

—¿Allá arriba?

—En el cielo.

Tonio dejó de ordenar los papeles. Había empezado a volar aviones nuevamente. No se lo había dicho a nadie porque no son cosas que haga un agente comercial de una gran empresa de camiones. Y de pronto se quedó atrapado entre dos pensamientos. En uno se veía dentro de la oficina del hombre muy importante, vendiendo un montón de camiones. En el otro, se veía subido en un avión, abriéndose paso entre las nubes.

—Cuando el Bribonzuelo se sentía así —exclamó el Bribonzuelo—, solía platicar con la zorra. Los amigos también sirven para eso, para ayudarte a decidir qué es mejor y qué es peor.

No obstante, Tonio no tardó en recordar que, del otro lado de la puerta, había un hombre muy importante que podría comprarle un montón de camiones.

—¿Tengo derecha la raya del peinado?

—Eres divertido —dijo el Bribonzuelo, antes de salir por la puerta.

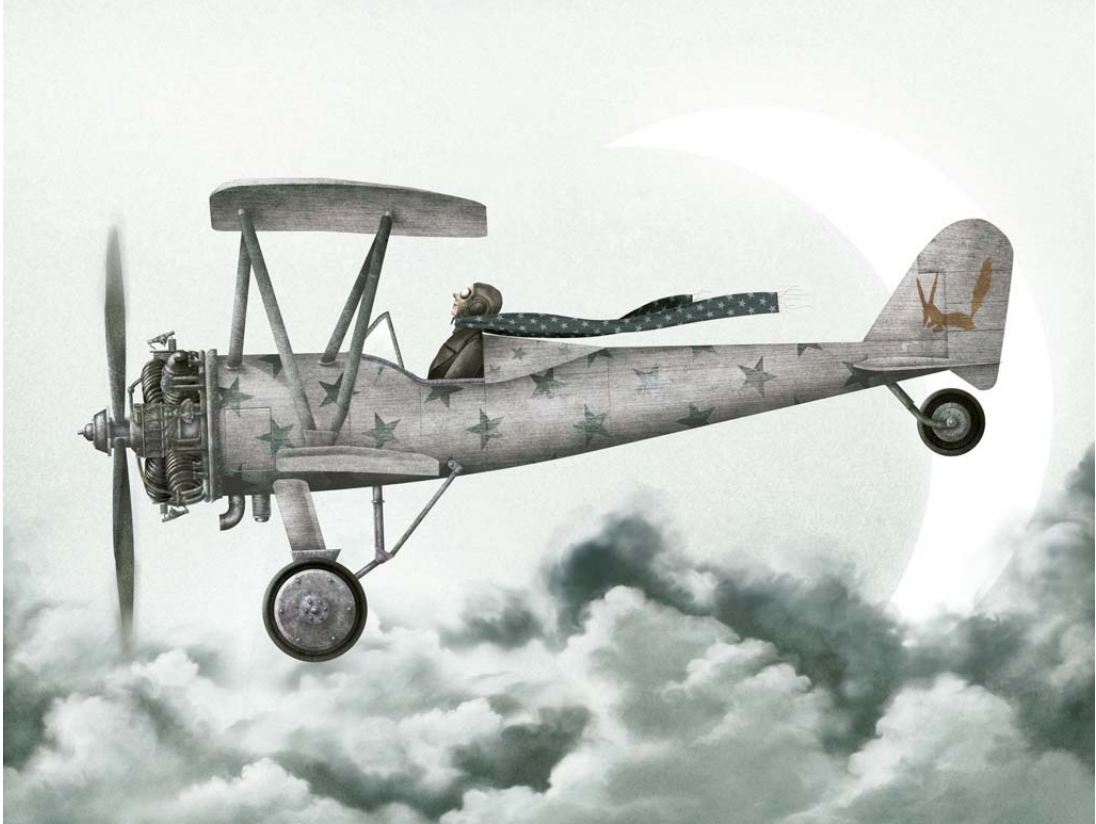
Bueno, en realidad, antes de llegar a la puerta. Lo que verdaderamente dijo antes de salir por la puerta fue:

—Y necesitas un mejor amigo en el mundo. Eso seguro.

En 1926, Tonio se descubrió una noche volando entre Europa y África, a través del mar Mediterráneo, con una gran sonrisa en la cara.

Es completamente cierto.

Un buen día se dio valor y, cuando su jefe se encontraba fuera de la oficina, se animó a hacer rodar su silla giratoria con rueditas por todo el pasillo, ida y vuelta, desde su escritorio hasta el baño.



Fue un poquito como volar por el cielo.

Desafortunadamente, esto fue tan mal visto por sus compañeros de oficina que su jefe se enteró a los pocos días. Y Tonio se vio obligado a reconocer que le gustaba más escribir historias y volar aviones que hacer sumas o vender camiones.

Y abandonó la oficina.

Pero, como decíamos, para 1926 ya estaba volando de nuevo. Lo había contratado una empresa que transportaba correo entre Francia y África. También había vuelto a escribir historias y ya hasta había publicado una en una revista. Por eso estaba, ese día en particular, volando con una gran sonrisa en la cara.

Y se sorprendió pensando que habría sido bueno tener a alguien en esos momentos, un muy buen amigo a quien contarle todo lo que sentía.

Tal vez por eso es que, de pronto, en el otro asiento de su avión, apareció un muchacho andrajoso con una hoja de papel entre las manos. Tonio sintió ternura por el Bribonzuelo. De pronto pensó que debería haberlo descrito con mejores ropas que las que llevaba.

—Estuve pensando... —dijo el Bribonzuelo—, que el Bribonzuelo podría permanecer un tiempo en la gran ciudad, pero no demasiado.

—Y yo estuve pensando... que tal vez tú y yo podríamos ser buenos amigos —se animó a decir Tonio.

El Bribonzuelo miraba su hoja, tratando de imaginar, como siempre hacía, cuál sería el mejor final para su historia.

—A propósito... ¿Ya tienes un mejor amigo en el mundo? —cuestionó a Tonio.

—Podrías ser tú.

—Imposible. Un mejor amigo en el mundo se hace, no basta con señalarlo y ya. Hay que dedicarle tiempo y todo eso.

Tonio parpadeó un par de veces.

—El Bribonzuelo le leía cuentos a la zorra, le convidaba de su sándwich de jamón con queso, la escuchaba por las noches cuando no podía dormir —insistió el Bribonzuelo, sin quitarle la vista a la hoja del cuento.

Y Tonio se preguntaba de dónde sacaba tanta cosa el muchacho, si el cuento solamente decía, en unas breves líneas, que se habían conocido en el campo, que se habían hecho amigos, que el Bribonzuelo había tenido que marcharse a la gran ciudad, que la zorra había aprendido a tocar el acordeón y que todos habían sido felices para siempre. Incluso el Bribonzuelo.

Probablemente fuera como la ropa del Bribonzuelo. En ninguna parte del cuento decía que iba vestido con harapos. Pero así era. Y Tonio lo sabía. Volvió a sentir ternura por el Bribonzuelo. Tal vez tenía razón y habría que cambiar el final del cuento.

—¡Mira! ¡Ja, ja, ja, ja! —gritó el Bribonzuelo señalando un grupo de titilantes estrellas.

O tal vez no fuera tan buena idea. De cambiar el final del cuento, el Bribonzuelo dejaría de hacerle visitas.

Tonio prefirió no decir nada y dar un par de complicados giros al avión. Se había dado cuenta súbitamente —y esto lo hizo sonreír de nuevo— de que quería mucho al Bribonzuelo, aunque éste no pudiera ser su mejor amigo en el mundo.

Tonio se encontraba en un café de América del Sur. Habían pasado varios años y se había dedicado con más ahínco a volar y a escribir.

A veces, aquí entre nos, le parecía que eran la misma cosa: volar y escribir.

A veces, aquí entre nos, a muchos autores también les parece que son la misma cosa: volar y escribir.

En esa ocasión en particular, Tonio se encontraba practicando algunos trucos de naipes mientras tomaba café de una taza chiquita.

Era otoño. Vivía en un país llamado Argentina. Había subido un poco de peso y, sobre todo, ya era todo un adulto. Había alcanzado los 30 años y tenía diversos logros, de éstos por los que las personas mayores suelen abrir mucho los ojos, sostenerse la barbilla y comentar con quien se encuentre al alcance: “Fulano es una persona muy importante, ha hecho esto y lo otro”.

Un ejemplo: Tonio había sido condecorado en Francia como Caballero de la Legión de Honor.

Otro ejemplo: había publicado un libro entero, uno que se llamaba *Correo del sur*.

Uno más: ya había sido director de una compañía, que es como decir que había logrado ser jefe de todos los jefes de un edificio repleto de oficinas. Muchas personas mayores habrían quedado muy impresionadas con tales logros. Muy, muy impresionadas.

Pero no el Bribonzuelo, quien se sentó a su mesa aquella tarde de otoño. Llevaba la hoja de su cuento, “El Bribonzuelo”, entre las manos. Tonio se dio cuenta de que el papel no estaba arrugado ni amarillo; era como si lo acabara de escribir.

—Ya sé qué es lo que pasa —repuso el Bribonzuelo.

—¿Lo sabes? —sonrió Tonio.

Habían pasado muchos años desde su último encuentro. Y le dio gusto ver que el Bribonzuelo seguía siendo el mismo muchacho, petulante y simpático a la vez.

—El Bribonzuelo en realidad no vivía en el campo; llegó al campo “de visita”, pero venía de la gran ciudad. Ahí en el campo conoció a la zorra y se hicieron amigos.

—¿Y eso qué significa?

Tonio barajaba los naipes tratando de cautivar la atención del muchacho, quien observaba la hoja del cuento como si no se tratara

de un papel sino de una ventana. (Probablemente así fuera.)

—Que el Bribonzuelo en realidad no se marchó a la gran ciudad sino que “regresó” a la gran ciudad —puso mucho énfasis en la palabra regresó—. Aunque eso no significa que no pudiera volver luego al lado de la zorra. Podría hacerlo durante sus vacaciones.

Tonio realizó uno de sus mejores trucos frente al Bribonzuelo: uno en el que parecía que extraía una baraja del interior de la pequeña taza de café. Pero el muchacho no se inmutó. Apenas separó los ojos de la hoja del cuento y miró al que ahora era un hombre mayor y un poco pasado de peso.

—Tienes que cambiar el final del cuento.

—Lo pensaré. Escoge una carta —dijo Tonio, desplegando un abanico de naipes. Pero el Bribonzuelo sólo lo miró como si en todos esos años no hubiera hecho nada importante en realidad, como si no hubiera sido condecorado ni hubiera escrito un gran libro ni hubiera logrado ser el jefe de jefes de un edificio entero de oficinas.

—Tienes que dejar de perder el tiempo. Aún no tienes un mejor amigo en todo el mundo —le espetó como si se lo leyera en el rostro.

—Probablemente no todo el mundo deba tener un mejor amigo en el mundo —se disculpó Tonio, un poco apenado.

—Eso es lo más tonto que he oído. ¿Qué habría hecho el Bribonzuelo sin la zorra? ¿Con quién habría conversado en las tardes de lluvia? ¿Con quién habría ido a jugar a las ferias? ¿A quién habría llamado el día que se lastimó una pierna?

—Bueno... —se animó a decir Tonio mientras pasaba las cartas con un poco de nerviosismo—. Yo he conocido a una muchacha muy hermosa en este país. Se llama Consuelo, y probablemente nos casemos pronto.

—El Bribonzuelo tenía una rosa —dijo el Bribonzuelo, levantando los ojos y negando con la cabeza, como si le molestara

tener que explicar algo tan obvio—. Pero no es lo mismo tener una rosa que un mejor amigo en el mundo.

Tonio miró divertido al Bribonzuelo. Tomó la hoja del cuento que había escrito muchos años antes y notó que era la misma de siempre. Ahí no se mencionaba la existencia de ninguna rosa. Lo maravilló todo lo que puede esconder un personaje sin que su propio autor lo sepa.

—Está bien. Puede ser que tengas razón —admitió Tonio—. ¿Deseas que te ordene una malteada?

—¿Sabes una cosa? —dijo el Bribonzuelo, como si no lo hubiera escuchado—. La zorra toca bastante bien el acordeón. El otro día te dije que debías callarla porque estaba un poco molesto con ella, pero no es cierto. Toca muy bien.

A Tonio lo maravilló que dijera “el otro día” como si sólo hubiera pasado una semana. Le dieron ganas de abrazar al Bribonzuelo, pero prefirió contenerse. Nunca se sabe con los muchachos de esa edad.

—¿Te pido una malteada?

—Tienes que pensar la forma de que el Bribonzuelo vuelva de la gran ciudad.

Tonio se acercó al mostrador a pedir una malteada para su querido muchacho de ropa gastada. Lamentablemente, al girar la cabeza sólo se encontró con una triste mesa vacía, un triste mazo de naipes y una triste, muy triste taza pequeña de café.

Fue al año siguiente cuando ocurrió.

Tonio y Consuelo se encontraban en una cena en casa de unos amigos. Ya estaban casados y ahora vivían en Francia. Ocurrió entonces que Tonio y León fueron presentados. Probablemente



porque ambos eran escritores. Pero ninguno de los dos se dio cuenta al instante de lo que había de ocurrir un día entre ellos.

Las personas mayores a veces necesitan todo tipo de explicaciones. Y ni así comprenden siempre las cosas. Necesitan instrucciones para todo. Conozco muchas personas mayores que jamás han jugado al ajedrez usando canicas para derribar las piezas o haciendo que los peones hablen entre sí. Y también conozco muchas personas mayores que escogen a sus mascotas por el tamaño de su cochera. Los niños escogen a sus mascotas por lo que éstas les dicen (sin hacer uso de las palabras, claro) en las tiendas de mascotas. Algunas les dicen hasta el nombre que deberán ponerles o si les gusta jugar a la pelota o si se dejarán poner un moño en la cabeza. Y créanme, no hay mejor método para escoger una mascota. También es muy divertido jugar ajedrez usando canicas.

El caso es que Tonio y León se dieron la mano muy ceremoniosamente, como deben hacerlo dos adultos que son presentados en casa de unos amigos mutuos, y se dieron la vuelta como si no fueran a ser los mejores amigos en el mundo.

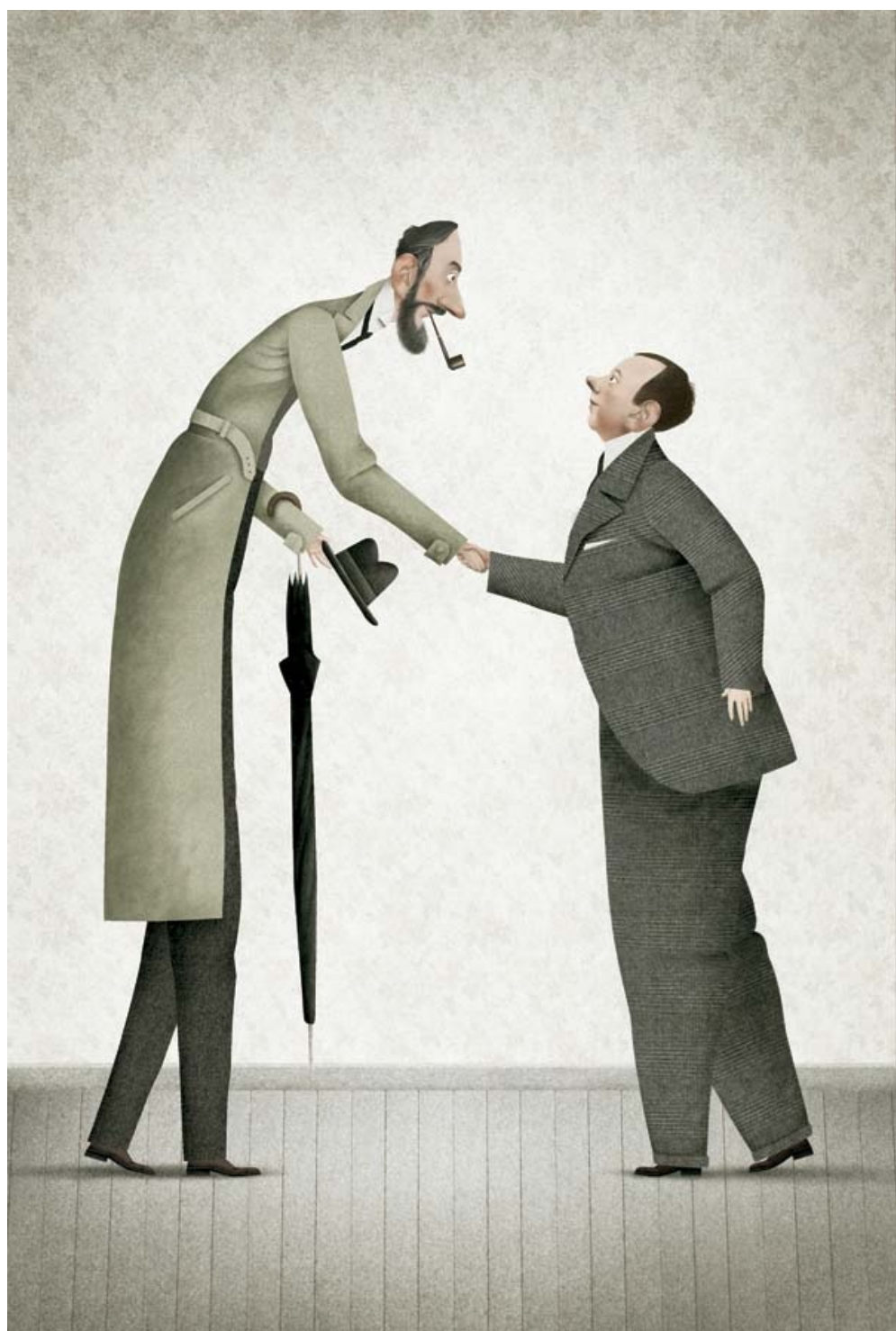
A veces las personas mayores son así. Pueden pasar frente a su mejor amigo en el mundo y darle la mano como si lo único que pudiera ocurrir entre ellos fuera la venta de un camión o la firma de un papel. Pueden decir “mucho gusto” con toda ceremonia, darse la vuelta y hacer algún comentario respecto al tiempo o a los resultados del juego de futbol, como si estas cosas fueran más importantes que haber conocido a su mejor amigo en el mundo.

Pero es que las personas mayores a veces olvidan que no todo se ve con los ojos. Y cuando lo olvidan, quieren que todo les sea presentado con palabras muy pomposas en papeles con muchos sellos. Hay adultos que no creen absolutamente nada que no hayan leído antes en un libro muy gordo o en un papel con muchos sellos.

En ese momento, Tonio y León no habrían creído que con el tiempo iban a ser los mejores amigos en el mundo ni aunque les hubieran puesto enfrente un papel con las firmas de todos los presidentes y todos los científicos y todos los profesores del mundo.

A veces las personas mayores son así. Son incapaces de creer en la Navidad aunque se tomen una foto con Santa.

Pero bueno, en ese momento tampoco importó demasiado, porque con los mejores amigos también ocurre como con los papelitos cargados de electricidad: no importa cuánto intentes separarlos, siempre están intentando volver a juntarse. Esto lo saben todos los niños del mundo. Pero en el instante en que se conocieron, no lo supieron ni Tonio ni León. Aunque, como les digo, tampoco importó demasiado.



Casi cinco años después, cuando Tonio tenía 35 años, volvió a ver al Bribonzuelo. Y, cuando lo vio, estuvo seguro de que pronto moriría.

Probablemente porque tres días antes había chocado su avión.

Y también, probablemente, porque lo había chocado contra un montón de arena en medio del desierto más grande del mundo, el desierto del Sahara.

Y también, con toda seguridad, porque llevaba tres días caminando por el desierto, bajo el rayo inclemente del sol, al lado de su mecánico, que iba con él en el momento del impacto. Tres días caminando en busca de un poco de sombra, un poco de agua, un poco de cualquier cosa que no fuera lo único que tenían a la mano: sol y arena.

En cuanto Tonio vio al Bribonzuelo, con su hoja de papel, su gorra tejida y sus zapatos rotos sobre una duna del desierto, sintió una gran desolación y una gran ternura. Se preguntó a sí mismo por qué no había descrito al Bribonzuelo con otro tipo de ropa.

—¿Has venido a despedirte? —le preguntó Tonio en cuanto él y el mecánico subieron a la duna en la que el Bribonzuelo se encontraba sentado. Tonio estaba seguro de que moriría y que el Bribonzuelo lo sabía y por eso se había presentado.

El mecánico no hizo caso de lo que dijo Tonio. Es bien sabido que, después de tres días de no probar una sola gota de agua y caminar sin rumbo fijo, las personas a veces comienzan a hablar solas.

El Bribonzuelo pensaba decirle a Tonio lo que había pensado para que el Bribonzuelo y la zorra volvieran a unirse al final del cuento. Pero lo maravilló lo que vio en el fatigado rostro del escritor.

—¡Lo hiciste!

—¿Hice qué? —preguntó Tonio, desconcertado.

—Conseguiste un mejor amigo en el mundo.

Tonio se molestó un poco. A su parecer, no sólo no era cierto, sino que era lo último que quería escuchar el día de su muerte.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber quién es?

—¿Cómo se supone que deba saberlo? —se quejó el Bribonzuelo, quien podía ver en las personas muchas cosas que no se ven con los ojos, pero no los nombres de sus amigos o sus direcciones de correo.

Habían pasado cinco años desde que Tonio y León se conocieron. Y Tonio no podía saber que era su mejor amigo en el mundo, probablemente porque eran tan distintos como el blanco y el negro.

Porque León era 22 años mayor que él. ¡22 años! ¡Casi hubiera podido ser su padre!

Porque León era flaco y estirado y en cambio Tonio era redondo y corpulento.

Porque eran de distintas religiones.

Porque a León no le gustaba nada volar y en cambio a Tonio...

Porque León tenía muy claras sus ideas políticas y en cambio Tonio...

Pero sobre todo...

Porque discutían la mayor parte del tiempo. Siempre estaban en total desacuerdo. No pensaban de la misma forma respecto a casi ninguna cosa.

Tonio hizo un recuento de los amigos que tenía y, aunque León apareció también en la lista, no se le ocurrió que pudiera ser su mejor amigo en el mundo.

—Deberías dejar de perder el tiempo —lo reprendió el Bribonzuelo como si regañara a un niño de cinco años—. Deberías

escribir buenas historias y pasar más tiempo con tu mejor amigo en el mundo.

Tonio pensó en reclamarle. El Bribonzuelo lo decía como si ese tipo de cosas fueran las más importantes del mundo. Incluso había escrito ya un libro, *Vuelo nocturno*, que hasta ganó un premio. Y el Bribonzuelo no veía nada de eso. Pensó en reclamarle, pero se arrepintió. Tal vez el calor, el agotamiento...

Súbitamente se imaginó que en ese momento podría morir. Y se sintió verdaderamente triste. Había hecho muchas, muchas cosas. Había escrito libros y había volado por todo el mundo. Pero en ese momento, eso es cierto, le pareció lo más triste del mundo morir sin un mejor amigo en el mundo.

—Es bueno tener un amigo, incluso si uno va a morir —dijo el Bribonzuelo, como si le estuviera explicando esto a un niño de cinco años.

En ese momento el señor Prévot, el mecánico, se hizo sombra con una mano. Miró a la distancia. Gritó con todas sus fuerzas.

Cuando los beduinos, en sus majestuosos camellos, se acercaron a ellos, Tonio aún se preguntaba por qué esta vez el Bribonzuelo no le había dicho nada respecto al final de su cuento.

Cuando los beduinos, en sus majestuosos camellos, les dieron un poco de agua, Tonio se esmeraba por identificar, en su lista de amigos, cuál sería el mejor de todos.

Cuando los beduinos, en sus majestuosos camellos, ya los transportaban al oasis más cercano, Tonio miró las solitarias dunas en las que minutos antes se había encontrado con el Bribonzuelo.

Le pareció que era el más hermoso y más triste paisaje del mundo.



Es completamente cierto.

Tonio acababa de chocar su avión otra vez, ahora en un país llamado Guatemala. Y estaba sanando de sus heridas en casa de un amigo suyo, el general Donovan, que vivía en Nueva York, en un país llamado Estados Unidos.

Contemplaba, desde la ventana de su habitación, la puesta de sol.

—Cuarenta y tres —dijo una voz a su lado.

Miró sobre su hombro. Era el Bribonzuelo, con su hoja de papel entre las manos, sentado en la única silla del cuarto. En ese momento Tonio estaba disfrutando tanto de la puesta del sol que hubiera querido no tener que preguntarle a qué se refería.

Y, de hecho, no lo hizo.

En el último momento recordó que antes de que llegara el Bribonzuelo se estaba preguntando por qué el día tiene una sola puesta de sol si éstas son tan hermosas. Y luego se estaba preguntando cuántas puestas de sol podría contemplar en un solo día sin necesitar un descanso.

Cuarenta y tres.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Tonio al Bribonzuelo, finalmente. Habían pasado poco más de dos años desde aquel encuentro en el desierto.

—He estado muy ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Aprendiendo a tocar la flauta.

Tonio no quiso ser impertinente esta vez con el Bribonzuelo. Anhelaba que se quedara por un poco más de tiempo. Llevaba varios días postrado y le encantaba la idea de tener alguien con quién conversar que no fuera el general Donovan, un hombre que sólo parecía tener un tema de conversación: la guerra.

La guerra, por cierto, estaba a punto de estallar en todo el mundo.



—¿Sabes si la flauta y el acordeón suenan bien juntos? — preguntó el Bribonzuelo con verdadero interés.

—Estoy seguro de que sí.

—Estaba pensando... —miraba su hoja— que el Bribonzuelo debería volver con una sorpresa cuando se reúna de nuevo con la zorra.

—Es una buena idea.

El Bribonzuelo levantó la vista de su hoja, como siempre hacía cuando dejaba el tema del final de su cuento y se interesaba un poco por Tonio.

—Me da gusto que ahora pases más tiempo con tu mejor amigo en el mundo.

Tonio ya había renunciado al asunto ese del “mejor amigo en el mundo”. Se suponía que lo tenía, pero seguía sin saber de quién se trataba y había renunciado a la posibilidad de saberlo porque era incapaz de identificarlo.

Las personas mayores son así, pueden tener un gran, gran amigo en el mundo y no darse cuenta sólo porque esto no aparece en ningún periódico o en las noticias de la tele.

Lo cierto es que Tonio y León, en efecto, pasaban mucho tiempo juntos en los últimos años y disfrutaban mucho de la compañía del otro, aunque fueran tan distintos. Discutían, es cierto, pero no peleaban. Y en más de una ocasión los sorprendían sus esposas compartiendo un sándwich de jamón, jugando ajedrez olvidándose de las reglas o arrojando alguna pelota a algún perro en algún parque.

Pero las personas mayores son así. Pueden negar la Navidad aunque la Estrella de Belén los esté siguiendo a todos lados.

No obstante, fue ése el momento en el que Tonio supo por qué la zorra había aprendido a tocar el acordeón. Y por qué el final del

cuento estaba bien. Justo en el momento en que el Bribonzuelo se puso de pie y se paseó por la habitación.

Un rayo de sol había viajado desde la línea del horizonte hasta el apretado gorro tejido del Bribonzuelo cuando éste pasó frente a la ventana. Y Tonio supo que el final del cuento estaba bien escrito. Y supo la razón exacta. Pero prefirió no decirle nada al Bribonzuelo, al menos no todavía. Así se apareciera cada cinco o diez años, eran visitas que Tonio atesoraba en su memoria como si fueran gemas preciosas. No quería decirle nada por temor a que dejara de visitarlo.

—Tal vez deberías dedicarte a otra cosa —exclamó de pronto el Bribonzuelo, sin dejar su paseo por el cuarto.

—¿A qué te refieres?

—Tu avión se cae a cada rato. Probablemente no seas tan buen piloto —repuso con malicia.

—¡Ja! ¡Vaya con el muy listo! ¿Y a qué quieres que me dedique entonces?

—A escribir buenas historias.

—¡Hey! ¡Yo escribo buenas historias! Tengo varios libros publicados y todos se venden bastante bien.

Para el Bribonzuelo fue como si no hubiera dicho nada.

—La historia de “El Bribonzuelo”, por ejemplo, es una buena historia.

—El otro día —demandó Tonio— dijiste que era una historia horrible.

—Fue por molestarte. Excepto por el final, es una buena historia.

Tonio decidió no enfadarse. Era una hermosa puesta de sol y estaba a punto de terminar. Los muebles de la habitación ya pasaban del tenue rosado al azul grisáceo.

—Además, en ese entonces eras un hongo —rio el Bribonzuelo—. “Soy un hombre serio, soy un hombre serio, soy un hombre serio...” ¡Ja, ja, ja! Hay que ser un hongo para decir eso.

A Tonio lo maravilló cómo un muchacho podía preferir, entre todas las historias del mundo, una que apenas ocupaba una página y que había sido escrita —al vuelo— hacía ya más de quince años. Con los muchachos de esa edad nunca se sabe.

—¿Te quedarás hasta que anochezca? —preguntó Tonio.

—No lo sé.

El Bribonzuelo volvió a sentarse.

—¿Te conté que tengo una rosa?

En 1940, Tonio se descubrió una noche volando entre Europa y África, a través del mar Mediterráneo, con un gran malestar en la cara.

Es completamente cierto.

Había estallado la gran guerra mundial. Y por razones demasiado tontas como para creerlas. Pero así son las personas mayores a veces. Inician grandes guerras por las razones más tontas y más increíbles. Una de esas razones fue la religión. En Europa empezaron a matar a los judíos... sólo por ser judíos. Y León era judío.

Por eso Tonio estaba tan de mal humor. Porque él había tenido que participar en la guerra y a nadie le gustan las guerras, mucho menos a aquellos que disfrutaban escribiendo historias. Y en ese momento, Tonio, nuestro conocido autor de “El Bribonzuelo”, pilotaba su avión en misión de guerra, en una oscura noche entre Europa y África.

En cambio, León se encontraba escondido en algún lugar de los Alpes, unas altas y nevadas montañas europeas.

Muchos judíos tuvieron que esconderse para no ser asesinados. Y aunque no era un cobarde, León tampoco quería enfrentarse con un

montón de soldados enfurecidos con la orden de matar judíos sólo por ser judíos.

Tal vez fue ése el momento en el que Tonio se dio cuenta; aunque es muy difícil saberlo porque iba solo en ese vuelo.

Se dio cuenta de que su mejor amigo en el mundo era León.

Probablemente porque llevaba varias semanas de no verlo, de no discutir con él ni de disfrutar un solo minuto de su compañía. Precisamente porque León había tenido que esconderse y él había tenido que enlistarse en el ejército. Y se sintió triste, tan triste, que se sorprendió pensando que habría sido bueno tener a alguien en esos momentos, un muy buen amigo a quien contarle todo lo que sentía.



Pero iba solo en ese vuelo.

Tenía 40 años, había escrito dos nuevos libros, *Tierra de hombres y Viento, arena y estrellas*. Ambos libros habían recibido premios de éstos por los que las personas mayores se detienen en la calle, abren mucho los ojos y se sostienen la barbilla. Pero a Tonio le pareció que nada de eso tenía verdadera importancia y le dieron ganas, súbitamente, de escribir algo distinto.

Tal vez por ello es que se animó a decir, en voz alta:

—El otro día... —se dio un respiro— te reíste con las estrellas —pero estaba solo; nadie lo estaba escuchando—. ¿Por qué te reías con las estrellas?

Miró hacia el otro asiento del avión. Continuaba vacío. En ese momento hubiera hecho cualquier cosa por escuchar nuevamente aquella risa cantarina, hasta cambiar el final de su cuento pese a que sabía que estaba bien escrito. Pero prefirió refugiarse en otros pensamientos. Digamos:

Aquel día cuando él y León fueron a divertirse a una feria.

Aquellas tardes lluviosas que pasaban él y León conversando.

Aquella ocasión cuando él se lastimó la pierna y León lo ayudó a llegar a casa.

Se trata de una cabaña de regular tamaño, ni muy grande ni muy pequeña. El hombre que sale de la cabaña tiene 62 años, pero es fuerte. “Fuerte como un roble”, diría alguna persona mayor. Nosotros diremos, “fuerte como un superhéroe”. En ciertos tiempos y en ciertas circunstancias hay que ser casi un superhéroe para sobrevivir.

Este hombre tiene frío, mucho frío. Y, como el mundo está en guerra, también tiene hambre, pues es difícil conseguir alimento. Además está muy desconsolado.

Pero lo mismo este hombre, con hambre, con frío y con mucha necesidad de consuelo, un anciano con todas sus canas, sale a cortar

leña para encender un fuego en la cabaña. Casi un superhéroe, ¿no?

Lo cierto es que no nos hemos detenido en este frío paisaje alpino por mero capricho. Ni porque el Bribonzuelo se fuera a aparecer en las cercanías. No. Lo hemos hecho porque este hombre que sostiene un hacha con sus pecosas y arrugadas manos es nada menos que León, el mejor amigo en el mundo de Tonio.

Nos hemos aproximado en este momento justamente porque se ha sentido triste y, para ahuyentar la tristeza, ha querido apoyarse en otros pensamientos. Digamos:

Aquel día cuando él y Tonio fueron a divertirse a una feria.

Aquellas tardes lluviosas que pasaban él y Tonio conversando.

Aquella ocasión cuando Tonio se lastimó la pierna y él lo ayudó a llegar a casa.

Y mientras ataca los duros troncos con el filo de un hacha helada, aprovecharé para comentarles algunas cosas respecto a León.

Él se había dado cuenta de que Tonio era su mejor amigo en el mundo mucho antes de que Tonio lo hiciera. León era mucho más sensible a estas cosas que Tonio y lo supo casi desde el primer momento. Porque León sabía que lo esencial es invisible a los ojos. Y León se fijó en lo esencial. No le importó que no pensarán igual o que fueran de distintas religiones o que los separaran varios kilos o varios años. León se fijó, por ejemplo:

En las cosas con las que se reía Tonio.

En las cosas con las que se enfadaba Tonio.

En cómo trataba a los niños y a los animales.

En la cara que ponía con la música.

Por eso, si nos fijamos bien, León cierra los ojos cuando toma el hacha y una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

En estos momentos no le importa que también los separen miles de kilómetros.

En estos momentos piensa en una baraja de naipes.

Pero Tonio no se encontraba bien. Llevaba ya varios meses en Nueva York, la misma ciudad en la que había visto por última vez al Bribonzuelo. El gobierno francés lo había retirado del ejército y, al sentirse imposibilitado para ayudar combatiendo por su país, Tonio se había mudado a Nueva York. Pero no se encontraba nada bien.

Ya había publicado un nuevo libro: *Piloto de guerra*. En realidad, dos nuevos libros: *Carta a un rehén* era el otro título. Ambos se estaban vendiendo bastante bien. Pero Tonio no se sentía contento.

Sólo había una razón para que se sintiera así. Se sentía muy mal por todos los franceses que se encontraban en su país, sufriendo, cuando él estaba casi de vacaciones en Nueva York.

Nosotros podemos decir que, en realidad, se lamentaba por un solo francés de toda Francia. Pero a veces las personas mayores prefieren generalizar por temor a ser tachados de sentimentales.

Además, el Bribonzuelo no había vuelto a aparecer. Era como si, en vez de haberse marchado a “la gran ciudad”, se hubiera ido a otro planeta.

Probablemente así fuera.

Tonio deseaba con todas sus fuerzas volver a volar sobre el océano. Hacer la ruta América-Europa, aunque fuera mucho más larga que la que acostumbraba, África-Europa. Deseaba estar donde pudiera ayudar, aunque fuera participando en la guerra más tonta de toda la historia de la humanidad.

Pero no podía.

Tenía 43 años. Se sentía bien de salud. Había recorrido prácticamente todo el mundo en avión, había publicado bastantes libros, tenía su propia rosa.

Pero no se encontraba bien.

Probablemente porque había identificado demasiado tarde a su mejor amigo en el mundo. Y le pareció, a sus 43 años, que había perdido demasiado tiempo.



Aquí entre nos, el verdadero título del segundo libro que mencionamos era *Carta a León Werth* (Werth era el apellido de su mejor amigo en el mundo, León). Pero lo cambió porque... bueno... ustedes saben... a veces los adultos... en fin, prefieren generalizar.

Era una tarde como cualquier otra. Recordó al Bribonzuelo. Recordó que jamás le había obsequiado un abrazo porque con muchachos de esa edad nunca se sabe. Recordó que él, de pequeño, también era un poco petulante. Recordó que le encantaban los dibujos del reino animal. Recordó aquel maravilloso vuelo de 1912. Recordó. Recordó...

Dio un ligero sorbo a su pequeña taza de café e inmediatamente después escribió, en la parte de arriba de una hoja en blanco:

*El principito*



Bueno, en realidad lo hizo después de terminar su pequeña taza de café. Lo que en verdad hizo inmediatamente después de aquel ligero sorbo fue escribir, en la parte de arriba de una hoja en blanco: “Para el gobierno de Francia...”

Todos los días hacía una petición al gobierno de su país para que le permitieran volver al ejército y estar donde pudiera ayudar. Aunque fuera participando en la guerra más tonta de toda la historia de la humanidad.

Aún tenía 43 años cuando le informaron que podía volver al servicio del ejército de su país. Estaba tan contento que cualquiera habría dicho que se había vuelto loco. Nadie puede estar feliz por participar en una guerra, pero Tonio lo estaba.

Volvería a ver a León.

Se fue a comprar lo más parecido a un uniforme francés que encontró en una tienda de uniformes de Nueva York.

Jugó una última guerra de globos de agua con los hijos de uno de sus amigos americanos.

Se embarcó hacia la guerra en Europa.

El día de su cumpleaños 44 se encontraba viendo una puesta de sol espléndida.

Había hecho bastantes cosas en su vida. Había conocido muchos hombres también: reyes, borrachos, vanidosos, hombres de negocios, faroleros, geógrafos...

Había amado a una rosa.

Había volado por todo el planeta.

Había escrito un montón de libros.

Y había tenido un mejor amigo en todo el mundo. Aunque todavía no pudiera encontrarse con él, sabía que era cierto.

El sol era devorado por la línea del mar y Tonio necesitó sólo de eso.

Sintió súbitamente que había aprovechado bastante bien el tiempo.

Le habían dicho que participar en la guerra era completamente innecesario. Que un hombre de su edad ya había hecho bastante por su patria. Aun así, decidió hacer ese último vuelo sobre el mar Mediterráneo.

Se descubrió una noche volando entre Europa y África. El cielo estaba repleto de estrellas. Y fue una risa la que lo sacó de sus pensamientos, todos compuestos por la materia de la que están hechos los sueños. Miró hacia el otro asiento de su avión.

—¿Por qué te causan risa las estrellas? —se atrevió a preguntarle al muchacho.

—Me río con ellas —respondió él, entornando los ojos como si le pesara explicar algo tan obvio—. Ellas se ríen y yo, cuando estoy contento, me río con ellas.

En cierto modo lo sabía. Tal vez por eso es que siempre cargaba consigo un ejemplar de su último libro. Se lo extendió al Bribonzuelo, quien no cargaba hoja alguna esta vez.

—Es una buena historia —admitió éste sin abrir el libro.

Seguía mirando hacia el firmamento. En ocasiones se reía con una o más estrellas, dependiendo de cuántas estuvieran carcajeándose.

—¿Lo descubriste? —preguntó Tonio al Bribonzuelo.

—¿Qué?

—¿Por qué la zorra pudo tocar el acordeón a pesar de que su amigo ya no estaba con ella?

—Oh, claro —respondió como si no tuviera importancia.

—Dímelo entonces.

Era una noche tranquila, sin nubes, sin luna. Las estrellas, una gran cantidad de ellas, se agarraban el estómago y titilaban con enorme placer.

—¿Para qué? —se encogió de hombros el Bribonzuelo.

—Para que veas que el final está bien así.

—Claro que está bien así —contestó, maravilloso y majadero, como si nunca hubiera pensado lo contrario.

—Los amigos pueden ser felices aun si no se tienen entre sí.

—Oh, claro —volvió a resolver el Bribonzuelo.

—Por el color del trigo —opinó Tonio.

—Por el color del trigo —respondió el muchacho sin despegar la vista de la noche sonriente.

Tonio entonces alargó la mano y retiró el gorro de la cabeza del muchacho. Tenía los cabellos dorados, del color de los campos de trigo. Y la zorra tenía kilómetros y kilómetros de campos de trigo para recordar a su amigo. Había aprendido a tocar el acordeón. Sería feliz para siempre.

En la memoria caben planetas enteros, amistades eternas, lo sabían ambos. Basta cerrar los ojos para traerlos a nuestro lado porque, a veces, los ojos estorban.

Y Tonio...

entonces...

cerró los ojos.



Cuando volvió a abrirlos pudover a su querido muchacho como siempre deseó verlo. Llevaba una hermosa capa azul, unos botines impecables, el cabello ondulante y sedoso, la cara de un príncipe.

Dio un par de piruetas en el aire para el regocijo de su amigo. Sintió que todo, todo, todo había valido la pena. Incluso aquel viaje, ida y vuelta, de su escritorio al baño sobre una silla giratoria de rueditas.

Tonio no regresó de ese viaje.

Lo buscaron y buscaron y jamás dieron con él.

Es completamente cierto.

Así que, en realidad, León y él jamás volvieron a encontrarse. Pero León sí recibió, semanas después de la desaparición de Tonio, un ejemplar de un libro por correo: el último libro de Tonio. Se llamaba *El principito*; era una buena historia. En la dedicatoria se leía “A León Werth” y, más abajo, “mi mejor amigo en todo el mundo”.

Es posible que León dejara escapar una lágrima, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, aunque no tenía kilómetros y kilómetros de campos de trigo, tenía muchas otras cosas; tenía los libros, los aviones, las tardes lluviosas. Y fue feliz por siempre aunque ya no contara con Tonio: sabía que la parte más esencial de los amigos se queda con uno, aun cuando ellos ya no estén con nosotros.

Y porque el final así está escrito.

Y porque así está bien.

Quizás León hasta aprendió a tocar el acordeón... aunque no, no lo sabemos.

Sesenta años después de que Tonio desapareciera, alguien encontró su avión. Pero nadie, sesenta años después o más, ha podido encontrar a Tonio.

Es muy probable que aquella noche veraniega de 1944 haya decidido estacionar su avión en una nube, tomar en brazos a cierto amigo muy querido que viajaba entonces con él, y sí, es muy probable que haya decidido llevarlo a casa. No, no a la gran ciudad, como siempre creímos, sino al asteroide B612, una especie de planeta chiquitito donde en realidad siempre vivió el muchacho. Y es también muy probable que Tonio haya decidido quedarse ahí y ayudar a su amigo a cuidar de su jardín, de un carnero que él mismo le obsequió y, por supuesto, de la rosa.

Muchas personas mayores dirán que esto es imposible, que dicho asteroide no existe y que más nos vale guardar la compostura, cerrar la boca y buscarnos una ocupación provechosa.

Pero bueno, ya lo saben, a las personas mayores hay que tenerles paciencia. Muchas de ellas ni siquiera aplaudirían para salvar a un hada. Muchas de ellas no creerían en la Navidad aunque todos los niños del mundo les pusieran enfrente todos los obsequios que han encontrado bajo todos los árboles de Navidad de la Tierra.

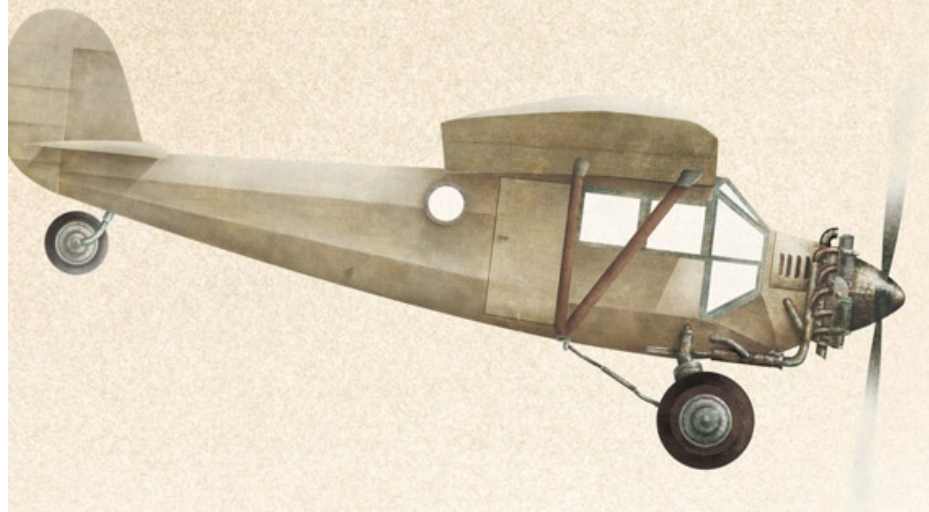
Tal vez lo hagan cuando puedan pararse a mitad de la noche y escuchen reír a las estrellas.

Tal vez.









Obras para Niños y Jóvenes  
**20** AÑOS  
LEYENDO A LA ORILLA  
DEL VIENTO

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)